

Cuentos de mediodía/Cuentos de medianoche

de Héctor Anaya

Joaquín-Armando Chacón

Hay días en que me suceden cosas raras, supongo que como a todo el mundo. Y ni modo, a veces hay que contar esas cosas, sobretodo cuando se habla del nuevo libro publicado de Héctor Anaya, los *Cuentos de mediodía-Cuentos de medianoche*. Y fíjense bien, he dicho el “nuevolibro publicado por Héctor Anaya”, pongan atención, pues esto después tendrá un sentido, sencillito y sin complicaciones, pero de todos modos: pongan atención.

Y, ni modo, ahora que, supongo, ya mi advertencia de poner atención ha surtido efecto, hay que aprovechar la ocasión para contarles mis cuitas, no dejarlas pasar de lado y soltarles una explicación. Aunque según las buenas costumbres y determinados códigos para el buen desarrollo de una acción no es conveniente soltar así como así el punto medular de algo que, a quien escucha, hay que írselo dorando para que la conclusión les llegue con cierto conocimiento de causa, yo me veo obligado a decírselos de una vez por todas: resulta que me robaron el libro de cuentos de Héctor Anaya. Sí, así fue, me lo robaron, sí, así tan sencillo como se los cuento, pero (en la vida hay un pero que siempre parece un perro que muerde), no únicamente el libro de Héctor Anaya, sino también, de pasadita y como aprovechando el hurto, también lo que estaba escribiendo sobre él, ya casi listo, sólo me faltaba por acomodarle unos detallitos, poner una coma por aquí, otra por allá, agregar unos adjetivos, casi nada, ponerle el punto final como un pequeño círculo al estilo de aquel pintor del Renacimiento y decirme a mí mismo:

Hombre, pues te salió perfecta, una maravilla de ensayo en cinco páginas escritas a mano, *Mont Blanc*, tinta negra, qué fregón

eres, verdad de san James Joyce y del beato Harold Bloom, así que a casita a pasar tu manuscrito a la computadora y sacarle unas copias...

Sí, feliz allí estaba, desayunando en una de las cafeterías de la Condesa, ya encargados los huevos fritos al estilo valentino y la copa de champaña con fresas, cuando hicieron acto de presencia Calac y Polanco. Sí, esos huérfanos de Julio Cortázar, esos malvivientes de la ficción que de tanto en tanto me buscan, me aporrean y me corrigen.

—¿Qué hacés?, preguntó Calac al tiempo de quitarme la copa de champaña y beberse la de un trago.

—Mirá, dijo Polanco, este pibe está intentando ahora el ensayo y llenando su crítica de palabritas intelectualoides, de esas que el *Crack* utiliza para elogiar a sus amigos del Partido Verde. Y Polanco untó de mantequilla al mismo tiempo el pan tostado y las cinco hojas escritas que tomó de la mesa.

—Yo aquí no veo a ningún pibe, dijo Calac, ni tampoco los chilaquiles ni la ensalada y ni la botella de *Freixenet* que pedimos, a tu cuenta, claro, por el gusto de tenernos en tu mesa.

Aprovechando que los dos tenían la boca llena de mis fritos al estilo valentino pude decirles: “Es la presentación para el último libro de Anaya”.

—No jodas, dijo Calac, ya que intentás escribir debés cuidar tu vocabulario, no es el último libro, sólo es el más reciente: Héctor Anaya, mi cuate, es prolífico, de su “cacumen” brotan ensayos, cuentos, obras de teatro, artículos periodísticos, ideas para divulgar la cultura y también se da tiempo para desplegar su sabiduría en salones de clase y hasta levantarse temprano para jugar tenis.

Y como Polanco ya abría la botella de

cava catalana a su estilo, golpe de karate y afuera el corcho, Calac tomó mi escrito y le clavó su mirada de halcón de las Malvinas. “No, pibe, pero no”, me dijo, “no le busqués tres pies al gato: aquí son nueve cuentos de mediodía y seis cuentos de la medianoche, que en la madrugada ya suman un total de treinta”.

—Quince cuentos, Calac, quince, le dije.

—Eso si no contás los de las dos secciones tituladas “El cuento del cuento”, pues esos son otros quince cuentos, me replicó Calac ya entrándole con furia a los chilaquiles, digamos que unos son los cuentos de la realidad y los otros los cuentos de la ficción, es decir: como un espejo que mira a otro espejo para reflejar de manera distinta lo que aquel otro refleja en otra forma, pues como dijo Georges Simenon: si no vestís con un poco de ingenio a la realidad, nadie te la creerá. Y si no me entendés, mejor éntrale sin tanto aspaviento a los cuentos y allí te comprobarás de aquello que te prueban.

—Mirá, Che Calac, mirá, le señaló Polanco, fijáte lo que este escribió: El narrador (o los narradores) de estos *Cuentos de mediodía-Cuentos de medianoche* de Anaya se entrometen, se meten, se bifurcan entre los personajes de los cuentos y desde allí le hablan, le escriben, le susurran al lector las palabras que van dándole forma a la trama y al relato, y muchas veces sorprenden al lector, pues entonces éste, el lector, yo, ustedes se dan cuenta, nos damos cuenta, que somos uno de los personajes, pero también podemos ser el otro y los otros y aquel que escucha lo que un personaje le está diciendo... Polanco suspendió la lectura, hizo un aspaviento y utilizó la hoja de papel que leía para sonarse las narices.

—Vaya, vaya, exclamó Polanco, así que intentando meterte en caminos que no te

pertenecen. La burla que vas a conseguir cuando Beatriz Espejo, que sí sabe del asunto de los cuentos y de sus consecuencias, lea o diga lo suyo, pues ella sí entiende del asunto ése de la crítica.

—Con eso quiero decir que en los cuentos de Anaya..., intenté explicarles.

—Entendemos, claro que entendemos, gritó Calac, pero para llamar la atención de Evelyn, la mesera, y solicitar otra botella de champaña.

—Espero que traigas efectivo, me retó Polanco, si no te quedás a lavar platos y vasos.

—Y mirá, Che, mirá, aulló jubiloso Calac, este escritor se puso a leer el libro en orden, primero de un lado y luego del otro, del uno al nueve y del uno al seis y luego, el colmo del ocio, hasta subrayar esas palabras raras que usa el buen Héctor. Mirá, mirá: subrayó “serrallo” y luego al margen anotó que en su viejo diccionario dice que éste es el lugar donde los mahometanos guardaban a sus mujeres. Andá, de seguro que al leer intentó encontrarle la tonada a la cantidad de letras de canciones que nuestro Anaya mete en sus cuentos, ya me lo imaginó, con lo desafinado que es el pobre.

—Pues yo leí los cuentos de otra manera, dijo Polanco, como si fuera en un sube y baja, a veces unos sentadito y otros acostado de cabeza abajo, brincando de uno del mediodía a otro de la medianoche, porque allí metiditos están los relatos de muchas viñetas citadinas y un enorme mundo de posibilidades que Héctor Anaya, nuestro cuate, ha ficcionado para darnos un mosaico de cotidianidades a su estilo, donde a veces se sale por la tangente para jugar con las palabras, arrimarle al albur y soltar el rollo, no nada más para que así de entrada por salida ya tengamos digerido el cuento, no, si no son como estos chilaquiles que nos hemos zampado en tu honor, pues a pesar de la sencillez aparente en todo el transcurso del escrito hay metodología y estilo que el futuro lector tendrá que acomodar a su cultura.

—Ni traté de darle una explicación, f a rulló Calac, no gasté tu sabiduría en este páramo donde sólo crece la ignorancia. De seguro ni se enteró que casi en todos los cuentos hay como encapsulados otros relatos en torno a la columna vertebral, pues Anaya, nuestro cuate, no sigue una sola di-

rección, sino que por esa calle va abriendo otras ventanitas para señalar hacia adentro los compartimentos que merecen nuestra atención.

—Yo lo que digo es que ya se acabó este blanco espumoso, protestó Polanco, éste primero nos invita y luego, mientras nosotros nos molestamos en explicarle lo que no entiende, él allí a la chita callando se bebe nuestra cava. Está bien que invite, pero que no se aproveche. Así que, Che Calac, ve pidiéndole a la mina otra botellita del jugo de uvas blancas, para el camino. Y mientras viene le diré que yo leí los cuentos sin preocuparme del sentido del tiempo, me hubieran visto: allí estaba yo colgado como dicen que duerme Batman, y así, mientras Calac leía los del mediodía yo me iba chutando los de la medianoche, o al revés porque a Calac no le gusta ir en orden sino a lo que caiga, como bien aprendió cuando al que te dije le acomodó los capítulos de su *62 Modelo para armar*. Y de esa manera me dio la impresión que el cuate que le tira balazos de salva al otro no era otro que el *Kid Sapito*, pero, más crecido...

—Así puede ser la cosa, mi porteño amigo, se entusiasmó Calac, señalándome obsesivamente para que apuntara el dato, y creo que ese momento lo aprovechó para agenciarse mi *Mont Blanc*, pues mi querida pluma también desapareció desde ese angustioso encuentro, pero no me dio tiempo a defenderme pues Calac siguió con su perorata: de esa manera el paciente del cuento titulado “Caruso” bien puede ser *Alatriste*, el que no escribió su parte de “Los motivos de la noche”, y *Archundia*, ése al

que se le tienen siete motivos para matarlo pues podría ser uno de los políticos de “El candidato” y a lo mejor *Tina-Licia-Flor* también se llama *Leonor* y es una tía que lo que se dice tía..., y el *Jaime* se sube a arreglar una antena después de hablarle de “tú” a *Francesca*, y el que tiene siete copias y un original de motivos para asesinar a *Archundia* es a quien le birlan la torta en *El Tenampa* con las canciones de José Alfredo... Y ándele por allí sígale, que nosotros nos vamos pues alguien nos invitó unos *whiskies* aquí a la vuelta. Y Calac subrayó su dicho levantándose del asiento ya con mi bufanda en sus manos.

—Nos vemos en la presentación, dijo, ceremonioso Polanco, estamos invitados. Allí ponéte guzo en escuchar a los demás, a ver si así aprendés algo. Y si no entendés algo de los cuentos, pues a hacerle caso a nuestro buen Héctor que en la página diez de cualquiera de los dos lados te dice en su “Información sobre el producto”: *En caso de incomprendiones, dudas o incredulidades, léase de nuevo*.

Pero no, no he podido leer de nuevo los cuentos, Calac y Polanco se llevaron el libro, mi *Mont Blanc*, la bufanda que me había regalado Nicole Kidman y además tuve que pagar el desayuno y las *Freixenet*. Así que hoy les cuento mis cuitas, les pido que lean *Cuentos de mediodía-Cuentos de medianoche* de Héctor Anaya y cuídense de Calac y Polanco. **U**

Héctor Anaya, *Cuentos de mediodía/Cuentos de medianoche*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2005, 99 y 119 pp.

